

ESPAÑA EVANGÉLICA



SERNY
79.



navidad 1929

Ayuntamiento de Madrid

25 centimos

JESÚS, HIJO DE MARÍA

Algunas reflexiones a propósito de Navidad

JESÚS fué esperado por María como toda mujer israelita esperaba su primogénito: con alegría, con orgullo, con agradecimiento.

Antes de pertenecer a la Humanidad, Jesús fué de su Madre. Ella cuidó su cuerpo, ella preparó el temple de aquel espíritu divino que había de andar por el mundo.

Jesús, antes de distribuir el pan de vida, se nutrió con la leche de María. Fué a la vez Hijo bien amado del Padre e Hijo querido de su Madre.

En cuanto nace empieza el drama. El Hijo no debía jamás ser completamente de la Madre. Empieza por pertenecer a los pastores de Bethlehem y a los magos orientales. María acepta esta consagración de su primogénito en servicio del Eterno y de los hombres; pero más se apega a Él, cuanto más amenazado por su vocación le cree.

Si Jesús, ya crecido, parece un día desprenderse de Ella respondiendo al llamamiento del Padre, si un día franquea Él los umbrales de la casa paterna, porque «las espigas están ya maduras en los campos del Señor», Ella también franqueará la puerta de la casa familiar, no podrá dejar de seguirle a las colinas galileas y al mismo Jerusalem.

Día vendrá en que el Hijo, en medio de sus sufrimientos, en las últimas tristezas, podrá comprobar que sólo dos seres en la tierra no le han abandonado, dos seres que no le han hecho traición, dos seres que le han acompañado al Calvario: Juan, el amigo amado, y María, su Madre. Allí los verá, al pie de la cruz.

¡Lo que ha debido sufrir aquella Madre! ¡Sus preocupaciones, «María que guardaba aquellas cosas en su corazón»! ¡Cuánto terror y temblor el de tal Madre, que se dió cuenta del odio de los hombres a su Hijo, desde el pesebre a la cruz! ¡Cuánto debió orar! ¡Cuánto veló por Él!

Sin embargo, llegará día en que el Hijo dirá, para que le sigan, que es preciso aborrecer a todos los que nos son queridos, hasta nuestra madre. ¡Palabra extraña en la boca de tal Hijo! Extraña, cuando no se conoce bien el corazón de Jesús y no nos tomamos el cuidado de escuchar hasta el final las palabras que pronunció en tal momento. Aborrecer, quiere decir, sencillamente, renunciación completa. Por este aborrecimiento-renunciación, Jesús da a entender una cruz con que cargar un sufrimiento que soportar. ¿Está claro? Obedecer las órdenes de Dios hasta conseguir el abandono de las propias, de aquellas a las que más íntimamente se está ligado. Así lo exige la sal-

vación de los hombres. Pero ello hace sufrir, terriblemente sufrir, sufrimiento supremo, cruz a llevar, primer calvario a subir.

La Madre se hace bien cargo del sacrificio aceptado por el Hijo, así como de la dureza y maldad de los hombres; entonces llora, sufre, ora, y su corazón late en más acelerado ritmo.

Cuando los Evangelios nos dicen que Jesús subía solo a la montaña, para orar, no nos cuentan un hecho exacto. Jamás fué absolutamente solo, pues en las montañas de Galilea, una mujer «que guardaba todas aquellas cosas en su corazón», oraba por Él: su Madre.

Jesús lo sabía.

Sabía también que un Hijo así preparado para la misión futura, con la colaboración materna, puede, en ciertos momentos, desanimarse, entibiarse, pero que la mujer continúa velando, luchando, orando.

¡Oh, misterio de la vida espiritual, quién nos dirá el nombre del ángel de Gethsemani! Quizá se llamó María.

Jesús, que leía en el corazón de los hombres, leyó también en el de su Madre como quien lee en un libro abierto. Y lo que allí aprendió no lo olvidó jamás. Así, cuando pasó cerca de la viuda de Naín, sintió compasión por aquella madre que le recordaba la suya. La de Naín llora a su hijo. Él le resucitará para que una madre pueda recobrar el objeto de su amor y secar las lágrimas. Más tarde, por su propia Madre hará lo que pueda, le dará otro hijo: Juan.

Si Jesús no hubiera tenido una Madre que le amaba y un amigo que le fuera fiel hasta la muerte, ¿qué habría tenido en la tierra?

Y cuando nuestros pobres humanos corazones, en las horas de lucha y de crisis, echan la cuenta de los seres que verdaderamente les aman, los capaces de seguirles hasta el fin de la cruz, decidme, para semejante cálculo, ¿no les bastan los dedos de la mano?

Y aún hay quien quisiera suprimir las madres, y, desde la cuna, reducirnos al estado de inanidad en un rebaño de bestias sin corazón. Los que conciben así la vida moderna, ¿son brutos o locos? ¿Es que nunca tuvieron madre, o que son hijos de madre degenerada? ¿O es que son simplemente unos degenerados a quienes sigue una multitud de degenerados, como los ciegos de la parábola, que seguían a otros ciegos para todos juntos caer en el hoyo?

Ya sabemos que muchos de ellos no han conocido el cariño de una madre, que en su corazón ha germinado el odio

en vez del amor, y que quisieran que los demás sufriesen como ellos han sufrido por no haber sido amados. Trabajo satánico de nivelación en sufrimiento y desesperación. Felizmente la vida contra naturaleza conduce por sí misma a las necesarias reacciones.

Antes de la gloriosa noche de Bethlehem, ya Isabel felicitó a María, y ésta predijo que las naciones la proclamarían «bienaventurada» por haber dado a luz un nuevo profeta, un Mesías, un futuro condenado por los hombres a muerte.

Yo no sé, María, si todas las mujeres de todas las generaciones, y en particular de nuestra generación, te proclamarán bienaventurada. A ti, que al fin en contraste en el pesebre de Bethlehem sitio para que te naciera el Hijo; pero en las grandes posadas que construyen los arquitectos de nuestras ciudades modernas y futuras todo está previsto; todo menos el alumbramiento. ¡Y en los garajes inmediatos ya no hay pesebres!

Hemos aprendido a calcular, a pesar, a prever, desde la noche gloriosa de Bethlehem. ¡Parir un Hijo para que sufra! ¡Parir un Hijo, cuyo «estadio de vida», pobre María, será peor quizá que el de los zorros! Pero yo sé, María, que tú si darías de nuevo a luz tu Hijo, aunque fuera en una cuneta de la carretera, porque tú no tuviste nunca mayor alegría que la de ser madre. Jamás experimentaste mayor gozo que el de ver desarrollarse vida y alma de aquel Niño que Dios te confió.

¡Qué feliz y satisfecha en el establo de Bethlehem, tratando de adivinar el alma de tu Hijo a través de aquellos ojos que la estrella llegada de Oriente hacía brillar por mil reflejos celestiales!

¡Cuán a menudo has llorado! ¡Cuán a menudo has sufrido! Si, la vía que conduce al Calvario ha sido para Ti tan dolorosa como para Él.

Pero bienaventurada en tu sufrimiento, porque no hay mayor alegría para una mujer que dar al mundo un «hombre». *Ecce homo*.

¡Oh misterio de la maternidad! ¡Maternidad que hace de la mujer una verdadera mujer! ¡Misterio de la maternidad y de la paternidad que extrañamente nos conmueve cuando tenemos un niño en nuestros brazos, sosegándonos y purificándonos en el límpido azul de sus pupilas!

Éxtasis que da sentido a la vida; que nos hace verdaderamente bienaventurados.

Navidad revela tal misterio de grandeza, de belleza y alegría a la generación presente.

CARLOS GUILLÓN.



LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS

(Cuadro de F. García que figura en la colección Lázaro Galdiano.)

LOS PASTORES, LOS MAGOS Y EL REY

EN cuanto el grillete profesional me deja libre, salgo huyendo de Madrid como quien escapa de presidio. Y así como los pobres morfinómanos no pueden prescindir del perseguido alcaíde, así mi cerebro ya cansado y mis ojos débiles no pueden pasar sin las diarias inyecciones de lectura. Echo, pues, algunos libros en el fondo de mi maleta, y en cuanto llego a la costa, tomo uno de ellos bajo el brazo y me encamino a un rincón del muelle solitario. Voy a embriagarme tres veces: con el concierto de las olas al chocar en las rocas, con el ambiente marino cargado de ozono y con la lectura de mi libro. El de ahora es *Jesús tal como fué visto*. Como fué visto por Aymé Guerrin durante sus «dos años de estudios en la tierra de Cristo». Leo y comento.

¡Nazaret!

Nazaret: luz y sombra. Si desde un alto pudiéramos contemplar la Nazaret de hace veinte siglos, se nos presentaría como una lámina áurea: fuertes reflejos solares, tostadas tonalidades de oro viejo. Y luego, la mancha trigueña cruzada por muchas rayas negras, azulencas; líneas de sombra: la sombra de las rúas nazarenas.

Nazaret, ciudad de bazares en calles largas y estrechas. Estrechas, como calles sevillanas del barrio de Santa Cruz; como

calles cordobesas contorneando la sin par mezquita; como calles toledanas dando vuelta a la Catedral Primada; como algunas otras, ya casi desaparecidas de la Barcelona vieja: calle de la Tapinería, calle de Flasaders, calles del barrio de Platerías, calles circundando Santa María, Santa María del Mar...

¡Santa María del Mar!

Agradable recuerdo. Allí me confirmaron a mí la vez primera. Digo primera vez porque yo ratifiqué en dos ocasiones mi fe cristiana. De niño, allí, bajo las góticas arcadas, casi al lado del sepulcro de Santa Eulalia, por obra y caricia de obispo católico. Luego, ya hombre, en Madrid, en la Iglesia del Redentor, imponiendo en mí sus manos un obispo protestante, el obispo Cabrera, de grato recuerdo.

Nazaret, ciudad de bazares. Al margen de los bazares forman los nazarenos sus corrillos, sus mentideros. Allí charlan de cosas, de sus cosas; cosas de la vida, cosas de la ciudad, cosas del día.

Guerrin nos cuenta algunas de aquellas charlas:

«— ¿Sabes que Ana de Tholmai se quiere divorciar?

— ¡Una israelita tan piadosa!

— Tholmai ha hecho voto de no alimentarla hasta Síván.

— Entonces ya se puede divorciar; los rabis lo autorizan; pasado un mes, el voto es válido; pero Ana se puede divorciar.

... ..

— ¡He aquí a rabi Yoseph!

— ¡Oh, justo! — dice alguien —, tengo que hacerte una pregunta: mi mujer, guisando ayer, ha metido la cuchara de la sopa en la cazuela del magro; después, dándose cuenta de ello, maquinalmente la ha vuelto a meter en la marmita. ¿Qué hacer?

— ¡Por Moisés! — afirma uno —, ¡yo destrozaría los utensilios!

— Yo arrojaría la sopa y rompería el utensilio magro.

El escriba frunce el ceño e impone silencio; por él va a hablar el Templo, la Thora, el mismo Moisés. Más grave que Salomón cuando el juicio famoso, el maestro inquiera las circunstancias, las dimensiones de los utensilios, el número de gotas de elemento graso caídas en el elemento magro y recíprocamente. Luego, después de haber meditado copiosamente:

— La sopa puede comerse; la marmita es todavía *hasher*; la cazuela no puede servir ya ni para el gordo ni para el magro; meteréis en ella legumbres secas.

... ..

Por una de las calles, quizá la más an-

Fué su propia familia. Asesinó a dos cuñados, a sus tres hijos, a la más querida de sus mujeres. También mató a Hircano, viejo rey.

Los judíos soportaron mal el yugo romano. Toda manifestación de descontento era sofocada por Herodes, ahogada en sangre. Estimaba en mucho el aprecio de Augusto, que no quería perder, aunque le costara el odio de toda Judea. Todo su afán era que cuando en Roma se supiera el popular descontento, el motín callejero, llegase también la noticia del sangriento castigo. Aquel palacio, admiración de los magos orientales, sabía mucho de las traiciones y crímenes de Herodes.

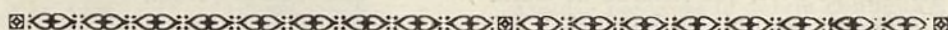
Pero todo tiene su fin. Herodes se hincha como un pellejo. Comprende que va a morir odiado de todos. En su locura

quiere que su muerte esté rodeada de dolor, de desesperación y lágrimas. Reúne en palacio a los principales judíos, a los sacerdotes, a los ancianos, a los restos de las familias destronadas, a todo lo notable del reino. Los cerca. Y da orden de que cuando él muera sean todos degollados.

Herodes ha muerto. Ya puede volver de Egipto la Sagrada Familia. Pero no vendrán a Judea: Arquelao acaba de inaugurar su reinado con una matanza de tres mil judíos. Estarán más seguros en Galilea. Volverán a Nazaret. Allí crecerá el Niño; allí se hará hombre. De allí saldrá para redimir a la Humanidad con su doctrina de amor y con su sangre.

LUIS VILLOAZ

Luarca, Octubre de 1929.



LOS «NACIMIENTOS»

ES una costumbre de Navidad en los pueblos de España, la de «poner el nacimiento», costumbre que va poco a poco desapareciendo, para dar paso al abeto venido de los países del Norte. Aún recordamos, cuando hace año y medio atravesábamos la Baviera, los inmensos bosques de abetos que por aquellas tierras se cultivan, sin más objeto que el de hacerlos presidir la fiesta de Navidad dentro del hogar. Y no olvidamos que uno de los primeros arbolitos de Navidad que se pusieron en España fué el que adornó D. Federico Fliedner (recién venido de Alemania) a los niños de la escuela de la calle de la Madera, de Madrid, allá por el año 72. Todo, hasta el «nacimiento» clásico, evoluciona, y hoy el arbolito es adorno principal de Navidad en muchas de las casas españolas. ¿Extranjerismo...? Vaya usted a saber. También en esto entra por mucho la moda.

Pero el «nacimiento» no es sólo costumbre española, sino que también se pusieron en Italia, Alemania, Países Bajos y otras partes del Oriente de Europa. Y si en pequeños detalles difieren unos de otros, en una cosa concuerdan: en que al Niño recién nacido le den calor un buey y una mula, y en que el paisaje se presente cubierto de nieve. Acaso obedezca esto a la piedad de nuestros antepasados, que, llenos de emoción, pero faltos de geografía, supusieron que en Diciembre nevaba en Palestina, cuando en esta época es más fácil coger allí una flor que ver un copo de nieve.

Pero, dejando a un lado piadosos disparates y estupendos anacronismos, como el de poner al Niño desnudito, cuando el relato evangélico claramente dice que la Madre «lo envolvió en pañales y acostó-le en un pesebre», vamos a mencionar algunos nacimientos famosos, empezando por el que mandó construir Carlos III,

de España, cuando era rey de Nápoles, en 1760.

Es un «nacimiento» que, sin duda, dejaría la boca abierta a más de un chico... y un grande. Dentro de unas dimensiones de 12 metros de ancho por 4,5 de alto, y cerca de 8 de fondo, hay unas 500 figuras de personas y 200 de animales,

delicadamente modelados en cera o madera, sirviendo de escenario una reproducción de las ruinas de la antigua Paestum. Las figuras representan pastores, aldeanos, pescadores, samaritanas y los magos, unos a pie y otros a caballo, seguidos de su séquito, que van a rendir homenaje al Niño que la Madre tiene en su regazo. Claro que en el nacimiento abundan los anacronismos, siendo el de más bulto el de que la Virgen María está sentada en el templo de Apolo. Pero esto aparte, las figuras son todas verdaderos primores de la estatuaría, estando perfectamente hechas, y siendo de una altura de 22 centímetros. En la construcción de este «nacimiento» tomaron parte los artistas más notables de la época. Allí se ven mandolinas, laúdes y arpas en miniatura, construidas por Vinaccia, famoso fabricante de instrumentos de música; ovejas y corderos tallados por Nardo y Vassalo, y figuras humanas, debidas a Gori, Franco Sapor, Viva, Batisto, Polidoro y Sannmartino, tallistas cuyas obras pueden compararse con las de nuestros Berruguete y Juan de Juanes. La esposa de Carlos III, en persona, vistió los muñecos. Y fué tal la curiosidad que despertó semejante obra, que se dice que fué necesario poner una guardia de soldados para mantener el orden entre la multitud que acudía a contemplarle.

Una de las colecciones que más llaman la atención en el Museo Nacional de Mu-



UNO DE LOS NACIMIENTOS DEL MUSEO DE MUNICH
(Este es obra de un escultor napolitano del siglo XVII)

nich, y también la más original, es la llamada *Krippensammlung*, o colección de «nacimientos», que, después de haber figurado durante siglos en iglesias y conventos, han ido a parar allí, vendidos por las comunidades en épocas de escasez. Su variedad es inmensa. Hay obras del arte alemán, austriaco, napolitano y siciliano, que no dejan nada que desear ni en variedad ni en interés.

Su colocación en el Museo contribuye a hacer más fantástico el efecto, pues los «nacimientos» están colocados detrás de grandes lunas de cristal en corredores oscuros, con el fin de que resalte más el paisaje del fondo, que lo constituyen escenas pintadas. La disposición de la luz que viene de lo alto y el aspecto de las figurillas, produce un efecto sorprendente, hasta el punto de que, más que de figuras, parece que se está viendo una escena real del nacimiento, aunque transportada al país de Liliput.

Una de las que podríamos llamar series de escenas de Navidad, que más llaman la atención, ocupa toda una galería. En la primera escena se ven las ruinas de piedra donde nació el Salvador, el cual está en brazos de María, con el buey detrás, y delante un pastorcillo arrodillado, haciéndole una ofrenda al Niño. En otras escenas se ven mujeres con niños de la mano, un pastor viejo ofreciendo un corderillo a María, a modo de almohadón, para que ponga sus pies; algo más atrás se ve una mujer, que acaba de sacar agua de un pozo y vuelve la cabeza para oír lo que se cuenta en un corro próximo; de una alquería sale corriendo otro pastor en dirección al santo grupo, mientras que un tercero cuenta lo que ocurre a un grupo de mujeres curiosas. En otra escena se ve a la sagrada familia en un alto del montón de ruinas, con dos magos haciendo su ofrenda al pie del Rey de reyes. Otro de los magos se acerca al grupo, seguido de sus criados, que portan espléndidos regalos sobre cojines de terciopelo. Los trajes de los magos, los camellos y caballos, todo da animación a la escena. En otro lado aparece un jinete armado, que acompaña a un grupo de soldados; es Herodes, que va en busca del Niño para matarle. Y viene luego una escena solitaria: la huida a Egipto. Un puente rústico, sobre un profundo barranco en el desierto, por el cual pasa José, llevando del ramal al borriquillo, donde va María montada con el Niño en sus brazos. Esto es toda la composición; pero tan bien interpretada, que parece, al contemplarla, que uno está realmente en las soledades del desierto. Y viene la última escena: un grupo de casas orientales, entre las cuales se ve la casita de Nazaret. María está a la puerta, vestida de azul y rojo, como suelen presentarla los pintores, y a su lado el Niño Jesús, con una aureola de oro sobre su cabeza. Tras de ellos se ve la carpintería donde trabaja José, y sobre el tejado de la casita está el palomar.

En la colección del Museo de Munich, de que hablamos, hay «nacimientos» de muy diversos tamaños y de muy distintas interpretaciones de las escenas bíblicas. Algunos hay que tienen más de 150 figuras de gran tamaño, en tanto que el más pequeño de todos sólo mide unos 12 centímetros, siendo necesaria la ayuda de una lente de aumento para poder ver bien sus escenas y figuras. Las figuras de estos «nacimientos» tienen casi todas los vestidos hechos de tela de verdad, y los tipos y caras de las figuras están hechos con arreglo a los trajes que habían de vestir.

Los «nacimientos», como todas las cosas humanas, están pasando a la historia, y sólo quedarán para ser exhibidos en los Museos; en tanto, permanece vivo para siempre lo celestial: el nacimiento del Hijo de Dios, que encarnó de María Virgen, por nosotros los hombres y por nuestra salud. Este es un «nacimiento» que nunca pasa, y cuya historia, al cabo de veinte siglos, es tan nueva como el día en que los ángeles cantaron: «¡Gloria a Dios en las alturas!»

DOMINGO DE RAMOS



EMMANUEL

«Llamarás su nombre Emmanuel, que declarado es: Con nosotros Dios.»

SAN MATEO, I, 23.

NUESTRO Señor tiene muchos nombres y títulos, una gloriosa lista de ellos, unos sesenta en junto. Sería sumamente difícil elegir el más bello y majestuoso de todos: Jesús, Cristo, Mesías, Salvador, Redentor, Maestro, Señor, Cordero de Dios, Luz del mundo, el Camino, la Verdad, la Vida, la Puerta, el Buen Pastor, el Médico divino, la Vid verdadera, el Príncipe de Paz, el León de la tribu de Judá, el Verbo, el Primogénito entre los hermanos... es difícil nombrarlos todos, porque algunos de los más nobles quedarían quizá omitidos.

Pero ninguno de ellos significa tanto para mí como «Emmanuel», «Dios con nosotros», que encierra el todo Cristo. Incluye la historia anterior al nacimiento de Cristo, y alcanza hasta el eterno futuro. Testifica de su amor y de su poder. Manifiesta sus propósitos al venir al mundo y su misión por todas las edades. Jesús, el Salvador, es Emmanuel. En Jesús, Dios está con nosotros, y con nosotros para siempre.

Todos los credos de la Cristiandad están resumidos en Emmanuel. Esta bendita palabra comprende el mensaje todo de la Biblia, el del Antiguo Testamento en anticipo, y el del Nuevo Testamento, en realización. Navidad es el día de Emmanuel, el día de Dios con nosotros. Isaías lo vio a lo lejos; José, María y los pastores lo vieron cerca; y nosotros, si amamos a Jesús, lo vemos hoy tan claramente como ellos lo vieron. ¿Por qué no ser así? Si así no fuera, nuestra religión no sería una religión viva, sino una religión muerta.

AMÓS R. WELLS.

Villancico de Navidad

(Para Pablito Cabrera.)

Ponte, pastorcilla,
tu vestido limpio,
tus sandalias nuevas
y el blanco corpiño;
toma tu cayado,
y aquel pañolico
de los días de fiesta
que era tan bonito,
échalo a tu cuello
cual un mimbre erguido,
y vamos corriendo
a adorar al Niño.

No pases cuidado
por los corderillos
que solos se quedan
vera del aprisco;
pues aquel lucero
de vistoso brillo,
que el natal cantara
del divino Niño,
velará por ellos,
y el lobo dañino
no podrá quitarte
ningún corderillo.
Vamos, pastorcilla,
ponte tu vestido
y vamos corriendo
a adorar al Niño.

Yo llevaré leche
para el tierno Niño,
y miel muy sabrosa;
romero y tomillo.
Y cuando crucemos
la orilla del río
que las flores besa
y alaba benigno,
cortaré del prado
leve caramillo
que al soplarle exhale
muy dulce sonido
para que el Infante
se alegre al oírlo.
Vamos, pastorcilla,
ponte el pañolico,
y vamos corriendo
a adorar al Niño.

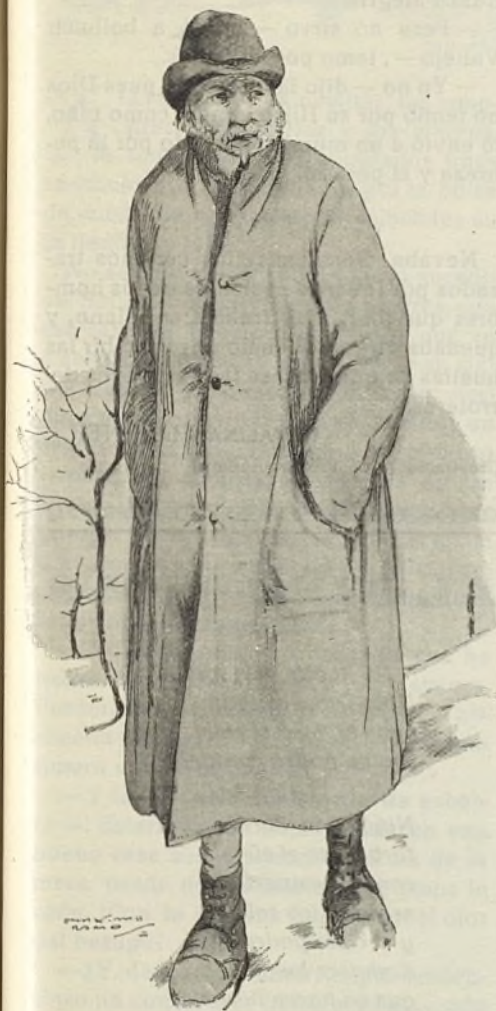
Dicen que en el rostro
del celeste Niño
brillan resplandores
que en ninguno han visto.
Dicen que sus ojos
son dos lucerillos
que fulgor esparcen
y angélico brillo.

Y cuentan los viejos
que el Infante vino
a salvar a todos
los que están perdidos.
Vamos, pues, pastora,
ponte tu corpiño,
y vamos corriendo
a adorar al Niño.

J. CHICHARRO DE LEÓN

CUENTO DE NAVIDAD

Adaptación de un cuento norteno, de Selma Lagerlof.



Con nuevos bríos reanudó la marcha...

NEVABA. Borrábase los caminos trazados por los pies pacientes de hombres y caballerías que iban a su trabajo cotidiano, y quedaba virgen el suelo para recibir las huellas de quien supiese trazar nuevos derroteros.

Un pobre hombre avanzaba tambaleándose, añorando los caminos trillados de fácil andar y espiando a contraviento donde negrean los esqueletos de los álamos que bordeaban la vereda de la granja de «Valflorido». Los copos de nieve le rozaban la cara, metiéndosele por los ojos, y cansado, por fin, iba a sentarse en la nieve, cuando la música insinuante de un violín le hizo volver la cabeza.

«Coronado», murmuró recordando al viejo compañero para quien en otros tiempos había copiado las notas: «cómo pierde uno el tino en este desierto de nieve! Gracias a que se te ha ocurrido tocar ahora cuando iba en busca tuya, sin saber por dónde tirar».

Y con nuevos bríos reanudó la marcha en sentido opuesto para descubrir, al poco tiempo, a la vuelta de una colina,

el resplandor borroso de las luces de la casa que buscaba.

No tardaron en abrirle la puerta, si bien la dueña de la casa no le dió la bienvenida con aire risueño, ni los niños corrieron a su encuentro, ni los criados se apresuraron a despojarle de su abrigo mojado, ni los niños le invitaron a que se sentara a la lumbre.

¡Tenían todos tanto que hacer para la fiesta! Y de sobra conocían todos al que se les entraba por la puerta. «Se marchará pronto, si no insistimos en que se quede», parecían pensar.

Abrióse entonces la puerta contigua y apareció Coronado. Una alegría vivísima iluminó su rostro.

— Bienvenido, Vallejo — exclamó —, ya era hora de que vinieras a ver a los amigos. ¡Pero, hombre, si estás chorreando! Ven, quitate el abrigo.

— No, si me voy — contestó el infeliz Vallejo, recordando las miradas hoscas de ama y criados.

— ¿Irte dos días antes de la fiesta? — dijo Coronado, sonriéndose —, pues no faltaba más.

— No, si es que yo — murmuró el otro un tanto temeroso —, no venía más que de paso, no quería molestar, con lo mucho que hay que hacer...

— Pues si te vas, me voy contigo... — volvió a hablar el violinista.

— Pero, quédese, hombre — intervino la mujer —, siquiera por esta noche; venga, siéntese a la lumbre mientras preparo la cena.

Y empezaron a hablar los amigos. Recordaron los tiempos cuando, sin tener un céntimo, habían recorrido los pueblos para ganarse un bocado de pan, y cómo nunca les había faltado para poderlo compartir con quien lo necesitase.

Entretanto la mujer de Coronado movía los pucheros con manos nerviosas. Era por evitar tales conversaciones, por lo que se había resistido a ofrecer albergue al antiguo compañero de su marido. Temía que a éste le volviesen a entrar ganas de irse por esos mundos de Dios sin decir y sin saber él mismo dónde pararía al día siguiente.

Los criados en la cuadra, donde atendían a las caballerías y preparaban la gavilla que en Nochebuena había de engalanar el tejado de la casa, ofreciendo un banquete a petirrojos y gorriones, también hablaban de Vallejo.

— ¿A qué habrá venido ese pájaro de mal agüero? — decía uno.

— Lástima de Nochebuena que nos va a echar a perder — decía otro.

— Ya veréis cómo se emborracha y arma pelea y sale de aquí echando pes-tes contra nosotros y contra toda la casa — dijo otro.

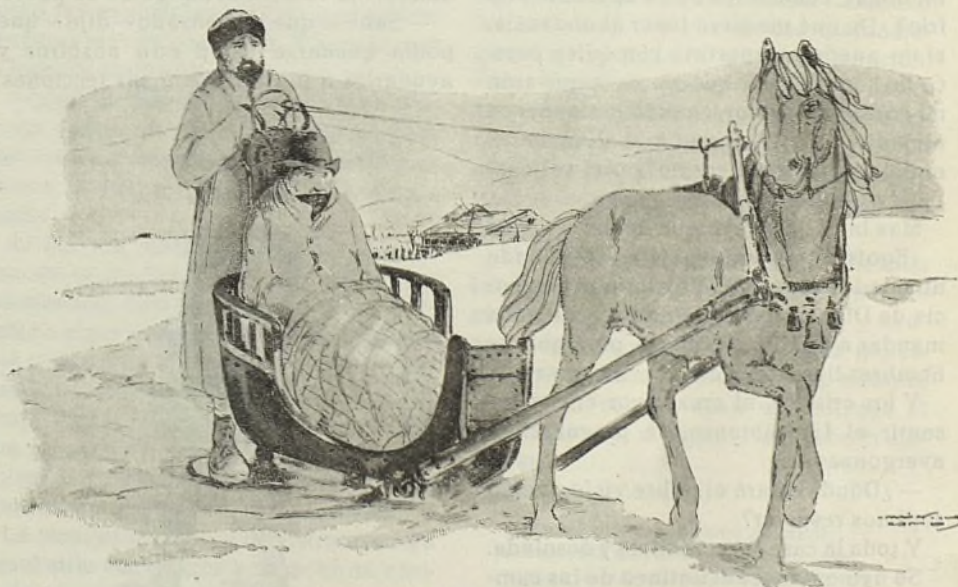
— No se comprende que el amo le quiera tanto — murmuró otro —, con lo diferentes que son.

— Es que el amo se pasa de bueno; a él no le interesa más que la música y se cree que todos son como él — prosiguió el primero —, ya, ya se desengañará algún día.

Entretanto los niños le perdían el temor al huésped, y arimados a su padre, escuchaban con la boca abierta y los ojos chispeantes lo que los amigos se contaban.

Al día siguiente tuvo que salir Coronado.

Vallejo quiso prestar ayuda en la cuadra, y se rieron los criados de su torpeza. Empezó a defenderse, terminando por salir regañando con todos. Al preguntar por los niños le dijeron que estaban en



Se enganchó el trineo y Vallejo partió...



Vió a los dos niños entusiasmados dándole la lección...

casa de una tía suya. Y al pasar por la cocina, la dueña de la casa le preguntó qué tal había descansado y que cuándo pensaba marchar, para mandar enganchar el trineo.

— Ahora mismo — contestó el pobre, avergonzado, temiendo que los criados hubiesen dicho la pendencia que con ellos había tenido.

Se enganchó el trineo y Vallejo partió acompañado de un criado para una granja próxima, donde dijo le estaban esperando.

Congratúlóse la mujer de la habilidad que había tenido para deshacerse de un huésped tan importuno. Se rieron los criados al verle partir para no volver. Pero los niños, a su vuelta, preguntaron por él y Coronado, al oír que su amigo ya no estaba, se encerró en su habitación y se puso a tocar.

«De qué me sirve», parecían decir las notas que se escapaban de su mano maestra, «¿de qué me sirve la lumbre de mi hogar, cuando los otros se mueren de frío? ¿De qué me sirve tener abundancia, si no puedo compartirla con quien perece de hambre? ¿De qué me sirve que arda mi corazón en amor, cuando permanecen alejados de mí los que se hallan en el mundo solos y sin cariño?». Así sollozaba el violín.

Mas la mujer creyó que decía:

«Egoísta, egoísta, egoísta, voy donde no puedes seguirme. Voy ante la presencia de Dios mismo, que no tuvo a menos mandar a su Hijo a la tierra, para que los hombres llegaran a conocer su amor».

Y los criados, al cruzar por el patio y sentir el frío intenso, se preguntaban avergonzados:

— ¿Dónde estará el pobre viejo que no supimos respetar?

Y toda la casa parecía triste y desolada.

Se oyó entonces el tintineo de las campanillas de un trineo.

Era el criado que volvía y que dando vueltas a la gorra entre las manos, por fin se atrevió a decir a su ama:

— Señora, no es verdad que le esperasen en ninguna parte. A la puerta de «Alamo Blanco» me despidió y dijo que él iría solo, pero yo le vi que no se atrevía a entrar. Me dijo que era en «Villasol» donde iba a pasar las Pascuas. Fui con él, y lo mismo. Me despidió, pero no entró. Así recorrimos todos los alrededores, parándonos en todas las granjas, siempre igual, y por fin, me dió lástima y le he vuelto a traer a casa.

— Has hecho bien — exclamó la dueña de la casa, con tal acento de sinceridad, que dejó perplejo al criado. Y saliendo al encuentro de Vallejo, dijo:

— Pase, pase, que hace mucho frío. ¡Lo contento que se pondrá mi marido cuando le vea! Quédese con los niños mientras preparo la cena.

Cuando volvió a entrar en la habitación, vió a los dos niños entusiasmados, dándole la lección al amigo de su padre.

— Sabe lo que he pensado — dijo — que podía quedarse usted con nosotros y ayudarles a los niños con sus lecciones.



— No, señora — replicó Vallejo —, no podría. Habría días en que no me atrevería a mirar a los niños a la cara.

Al entrar Coronado quedó sorprendido mirando a Vallejo y a su mujer.

— Es que tu amigo ya se queda con nosotros para siempre — dijo ella con franca alegría.

— Pero no sirvo — volvió a balbucir Vallejo —, temo por los niños.

— Yo no — dijo la madre —, pues Dios no temió por su Hijo cuando, como niño, lo envió a un mundo agobiado por la pobreza y el pecado.

Nevaba. Borrábanse los caminos trazados por los pies pacientes de los hombres que iban a su trabajo cotidiano, y quedaba virgen el suelo para recibir las huellas de quien osase trazar nuevos derroteros.

CATALINA FLIEDNER

(Ilustraciones de Máximo Ramos.)

AL NIÑO JESÚS

No lloréis, mis ojos,
Niño Dios, callad;
«que si llora el cielo,
¿quién podrá cantar?»

Si de hielo y frío,
Niño Dios, lloráis,
turbárase el cielo
con tal tempestad;
serenad los soles,
y el cielo podrá
deshacer los hielos
que os hacen llorar.
Cantarán los hombres
en la tierra paz:
«Que si llora el cielo,
¿quién podrá cantar?»

Vuestra Madre hermosa,
que cantando está,
llorará también,
si ve que lloráis.
O es fuego o es frío
la causa que os dan;
si es amor, mis ojos,
muy pequeño amáis;
enjugar las perlas,
nácar celestial;
«que si llora el cielo,
¿quién podrá cantar?»

Los ángeles bellos
cantan que les dáis
a los cielos gloria
y a la tierra paz;
de estas montañas
descendiendo van
pastores, cantando
por daros solaz;
Niño de mis ojos,
ea, no haya más;
«que si llora el cielo,
¿quién podrá cantar?»

LOPE DE VEGA



LAS FIGURAS DE MAZAPÁN

ALLÍ estaban las ovejitas, los conejitos, las cabritas y los ciervos, todos revueltos, apretados unos contra otros y resguardados por la bolsa de cuero, en donde fueron colocados en la tienda de lujo.

No se daban aún cuenta de lo sucedido. Salieron de la confitería alegres, con esa relativa alegría del que sabe que va a ser devorado y al poco tiempo se sintiera caer en espantosa confusión; después un golpe y otro, hasta quedar en un estado parecido a la muerte. Pero el frío — pues ya comprenderéis que en un cuento de Navidad la Nochebuena tiene que ser mala, o lo que es lo mismo, de nieve, granizo y vendaval —, el frío, repito, y el dolor de los chichones les hicieron reaccionar fuertemente.

— No hay derecho a hacer lo que ha hecho con nosotros esa buena señora. Perdnos en mitad de la calle con la nochecita que hace — decía con su voz lastimera una linda ovejita.

— Y tanto — afirmó una cabrita esbelta —. Estaríamos a estas horas en una buena casa con calefacción, cerca de la mesa desde donde contemplaríamos la cena. ¡Con lo que me gusta a mí el olor del besugo!

— ¿Y después? — interrumpió sentencioso un conejo que había sido diputado por la provincia de Toledo —. ¿Olvidáis, compañeros de infortunio, el fin que nos esperaba esta noche de no habernos perdido esa elegante dama? ¡Menudo festín se hubiesen dado sus chiquillos!

— ¿Comernos los niños? ¡Qué alegría! — interrumpió un ciervo de rabito tostado.

— No y no — replicó vivamente el conejo —. ¿De modo, sencilla gacela, que es una suerte dejarse engullir por unos arrapiezos? Para mí, no. Estoy muy enterado, aunque no me han comido nunca, de los atroces sufrimientos a que nos someten los pequeños. ¡Si al fin nos comiesen de una vez! ¡Pero es horrible; nos arrancan el rabito, después una patita, luego otra, nos dejan sin cabeza y lo hacen con una cara de satisfacción como si en torturarnos encontrasen un sabor agradable! ¡Les tengo una rabia a esos tunantes!

— Sí, sí, pero yo tengo un frío — contestó tiritando la ovejita, a quien no bastaba llevar una piel igual a la que llevan hoy bastantes señoritas —. ¡Cuánto daría yo por cambiar de sitio!

En aquel momento sintieron un golpe tremebundo. Algo así como si chocasen con un enorme acorazado que los lanzó a

distancia, yendo a caer otra vez en confuso montón junto al quicio de una puerta. Pero el daño no fué tan grande que les impidiese ver al inesperado futbolista. Era éste un infeliz borracho que, al ver un bulto abandonado, le largó un puntapié y siguió su camino.

La misma causa produjo los más encontrados efectos. Mientras los ciervos, las cabritas y las ovejitas, perdida toda esperanza de ser hallados se lamentaban de su suerte, los conejitos chillaban y daban saltos de alegría, porque desde allí verían sin ser vistos todo cuanto ocurriese en la calle, y también porque los niños no pasarían esta vez una Nochebuena a costa suya.

Pero no sospechaban ni unos ni otros el susto colosal que les esperaba. No habían transcurrido cinco minutos cuando sintieron aproximarse un tropel de muchachos gritando y tocando unos instrumentos, no muy afinados por cierto; y lo más grave fué que los bandoleros — les llamamos así por lo mal que sonaba la banda — se detuvieron ante la misma puerta cuyo dintel servía de resguardo a los dulces protagonistas del cuento.

Llegar allí y arreciar el concierto fué todo uno. Cantaban y tocaban al mismo tiempo; sin embargo, la voz de un mozalbete se destacaba por su fuerza, así que no les fué difícil oír a los habitantes de la bolsa abandonada:

A tu puerta hemos llegado
cuatrocientos en cuadrilla,
si quieres que te cantemos
saca cuatrocientas sillas.

— Por lo visto — decía el conejo temblando — éstos no traen prisa, porque como les saquen las sillitas que piden, tenemos música para rato. Y menos mal si fuese la sinfónica.

— ¡Qué nochecita! — refunfuñaba una oveja, resguardando su cabecita entre la piel blanca y ampulosa. — Esta noche pescamos la cirila o nos morimos de un susto.

Al fin, los moradores de la casa, en vez de sacar las sillas que pedían los muchachos, optaron por echarles por el balcón higos y nueces bastante agusanados — que para eso era de noche — y llenando la mochila desaparecieron calle abajo los infantiles y ruidosos pedigüños. ¿Que cómo no vieron los chicos la bolsa de figuritas? Los que vivimos en Madrid nos lo explicamos fácilmente.

La tranquilidad de que disfrutaron en aquel sitio estratégico y un poquito abrigado no pudo ser más relativa. Comparas que pasaban vociferando y sonando

sartenes, tranvías bastante desvencijados que se deslizaban por los rieles, como siempre, y los bocinazos de los autos que pasaban velocísimos, también como siempre, les hacían temblar de miedo, pero más que todo les atormentaba la preocupación por su suerte futura.

— ¡Las once y media! — chilló el conejo mirando a su reloj, una bonita pulsera que le había correspondido en un concurso de belleza. — Y el caso es que como no contábamos con esto, no hemos traído merienda. Aunque ahora recuerdo que en el fondo del paquete venían unos cuantos jamones... Dicho esto, se dispuso a revolver todo hasta encontrar el manjar apetecido. No fué difícil encontrarlo, y los jamoncitos, resignados, no dijeron ni pío.

Después de cenar opíparamente, dispusieron a descansar un poquito, recostados unos contra otros para darse calor y reparar así las fuerzas perdidas.

Mas apenas las ovejitas habían dado alguno que otro ronquido, cuando los conejos, más ligeros de sueño, oyeron los pasos de un niño que se acercaba por la acera.

— Ya está aquí el niño — diréis en seguida, acordándoos de los cuentos de siempre —. Sí. Pero éste no es el niño de casi todos los cuentos de Navidad; ese niño harapiento lleno de hambre y de frío, que pasea su orfandad por las calles la noche milagrosa. Este es un niño guapo, rubio y feliz que se llama Pablito. Ha cenado espléndidamente y ahora va, llevado por su madre, al culto extraordinario de una iglesia cercana.

La luz potente del faro de un auto ayudó a Pablito a descubrir el paquete abandonado. Y rápido, adivinando su dulce contenido, lo cogió, guardándolo bajo su capa sin que su mamá pudiera darse cuenta. — ¡Ahora sí que nos hemos caído de verdad! — dijo horrorizado el eterno rebelde.

Llegar a la iglesia Pablito y amparado por esa semiobscuridad de todas las iglesias, cambiar de alojamiento a los animalitos, fué cosa de un momento. En vano las protestas del conejo charlatán alegando que aquello era una profanación. Para discursitos estaba el tiempo. Precisamente Pablito había comido poco turrón aquella noche, porque, según su mamá, podía hacerle daño. ¡Cosas que inventan los papás para que no pidan los niños!

Al salir de la iglesia, Pablito llevaba las manos completamente libres; pero le estaba algo estrecha la chaqueta, y aunque al día siguiente notó ciertas molestias, cuya causa él solo conocía, siempre que va al colegio echa una mirada al sitio aquel por si acaso. No puede remediarlo.

Moraleja y consejo:

Oponerse al destino será en vano:
se cumplirá más tarde o más temprano,
conque no luches jamás contra el destino...
¡ni pierdas mazapán por el camino!

ALEX

CRÓNICA

El cura socialista.

HA sido muy comentada en la Prensa la aparición de un sacerdote católico romano en la tribuna de un mitin socialista y la declaración hecha por el orador de que consideraba el socialismo como el sistema más en armonía con las enseñanzas de Jesucristo. El presidente de la reunión, al hacer la presentación del nuevo correligionario, hizo notar que el socialismo respeta todas las ideas religiosas y no combate ninguna de ellas.

Dejando aparte la cuestión de la conveniencia o inconveniencia de que un ministro de la religión tome parte en la propaganda de ideales sociales y políticos, nos parece bien que un sacerdote romano exprese su adhesión a los principios socialistas, y veríamos con placer que el ejemplo cundiera. Sería bueno para el socialismo y para la Iglesia romana en España. Para el socialismo, porque atenuaría, y tal vez borraría, el color antirreligioso que el socialismo ha tomado en nuestro país, como en otros países latinos, y que no es elemento esencial del sistema. El hecho de que una gran parte de los líderes del socialismo hayan sido hombres irreligiosos, y aun antirreligiosos, no implica que el movimiento socialista haya de hacer guerra a la religión. En Inglaterra, como se demuestra cumplidamente en el librito *Socialismo y religión*, muchos de los que dirigen el partido laborista, y que militan en el socialismo, son, al mismo tiempo, cristianos declarados, y algunos de ellos, predicadores laicos en iglesias evangélicas. Han encontrado que armonizan perfectamente las aspiraciones de los trabajadores hacia un orden social más justo y equitativo con las enseñanzas del sermón del Monte, con la Regla de Oro y con el valor que Jesús nos ha enseñado a dar a los trabajadores y a los humildes. Nada mejor podría sobrevenir al socialismo español, que de una manera natural ha adoptado el tipo francés más bien que el anglosajón, que el ingreso en sus filas de una regular masa de hombres sinceramente religiosos que demostraran prácticamente la posibilidad de ser excelentes socialistas sin hacer la más mínima traición a sus convicciones cristianas; al contrario, animados y dirigidos por ellas.

Y que la Iglesia misma saldría beneficiada de un movimiento de esta clase es

Este número ha sido revisado por la censura.

indudable. Si la nota de antirreligiosidad ha ahuyentado de las filas socialistas a muchos hombres creyentes, la alianza de la Iglesia con la plutocracia y las fuerzas retrógradas, ha sido la causa principal de la prevención del socialismo contra la religión. La Iglesia romana especialmente, por su misma organización jerárquica, por su evidente ambición de predominio terrenal, por sus complacencias con los poderosos, ha merecido el desvío que le demuestran las masas obreras. Para recobrar la autoridad que sobre ellas tuvo en otros tiempos tendría que rectificar su política y demostrar simpatía hacia las aspiraciones justas y legítimas de los trabajadores. Desgraciadamente para ella, no es fácil que dé una vuelta tan completa en su camino. El cura socialista será, probablemente, una rareza.

Deficiente cultura religiosa.

El Debate se lamenta, y recuerda que se ha lamentado con frecuencia, de «la deficiente cultura religiosa de nuestra patria». «La enseñanza religiosa en nuestra patria es de un elementalismo desconsolador. La mayoría de los ciudadanos reciben exclusivamente dicha enseñanza en la escuela primaria, y sólo una reducida minoría en los primeros cursos del bachillerato». La impresión no puede ser más pesimista. No se le ocurre al diario católico pensar que con semejante queja arroja una acusación gravísima sobre la Iglesia. Porque, si nuestro pueblo carece de cultura religiosa, como es innegable, ¿a quién habrá de hacerse responsable de tal deficiencia, sino a la poderosa institución, cuyo deber principal es proporcionar tal cultura, y a la cual nunca se le han negado facilidades ni recursos para cumplir su misión? *El Debate* remediará el mal haciendo obligatoria la enseñanza de la religión en los Institutos y llevándola hasta las Universidades. Siempre echando sobre el Estado el deber de hacer que los españoles entiendan y cumplan sus deberes religiosos. En los países protestantes, en los pueblos sajones, por ejemplo, que, como dice el mismo diario con otro motivo, «conservan tan profundamente el sentido vital de la religión», es la Iglesia, y no el Estado, la que se encarga de educar al pueblo en la doctrina y en la práctica de la religión cristiana. Considérese la enorme labor de educación religiosa que realizan las Escuelas Dominicales con sus millones de alumnos que estudian la Biblia metódicamente. Considérese la importancia que tiene en la formación de la conciencia social la predicación evangélica en miles de pulpitos dos veces cada Domingo y también entre semana. Con-

sidérese el florecimiento de la prensa religiosa llena de vida y actualidad. Todo ello es obra de las Iglesias. No se les ocurre pedir al Estado que se encargue de hacerla. Y si advierten deficiencia en los resultados, se acusan a sí mismas y procuran poner ellas mismas el remedio.

Pero lo interesante es la ocasión que ha dado lugar a las lamentaciones de *El Debate*. ¿Será alguno de tantos hechos que revelan la ignorancia religiosa de nuestras clases populares? ¿Será un nuevo caso de grosera superstición? ¿Será una nueva demostración de falta de sensibilidad moral?

No es nada de esto. Es la actitud de personas inteligentes y cultas, de la Academia de la Historia, ante la manera en que ciertas autoridades eclesiásticas disponen del tesoro artístico que encierran los templos. Eso de que las Academias, llamadas a velar por la conservación del patrimonio artístico nacional, quieran investigar lo que hacen obispos y cabildos con ese patrimonio, es lo que ha puesto al descubierto «esta deficiencia del catolicismo de nuestra patria».

La ignorancia religiosa de los católicos miembros de la Academia de la Historia, no puede ser mayor. Hay una «falta lamentable de ideas claras sobre lo que la Iglesia es como Sociedad y sobre las consecuencias que de esa naturaleza jurisdiccional fluyen y se derivan». No ha habido una voz que «explícitamente haya afirmado la independencia de la Iglesia». En resumen: que nuestros católicos, y no los ignorantes, sino los ilustrados, al cabo de tanto tiempo de vivir bajo la dirección y tutela de la Iglesia, no saben tratarla como se debe. ¿No es esto verdaderamente lamentable?

LECTOR.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

Precios de suscripción:

Un año.	8 pesetas
Seis meses.	4 »
Extranjero: Un año.	15 »
Seis meses.	8 »
América: Un año.	2 dólares
Seis meses.	1 »
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:	
España.	6 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero.	12 » » » » »
América.	1,50 dólar » » » » »

Paquetes de 51 ejemplares en adelante:	
España.	5 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero.	10 » » » » »
América.	1 dólar » » » » »

Las suscripciones de paquetes en España podrán pagarse por trimestres, pero siempre dentro del trimestre respectivo.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4
APARTADO 4024
TELÉFONO 33.590

NÚMERO DE NAVIDAD. - Año X. - Madrid, 19 de Diciembre de 1929. - Número 516.

Ayuntamiento de Madrid

Portada de Serny.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

El Domingo de la Paz.

La Rama Española de la «Alianza Universal para fomentar la paz internacional mediante las Iglesias», propone este año, como los anteriores, que el Domingo 22 del corriente (anterior a la Fiesta de la Natividad del Señor) sea dedicado a meditar y orar en las Iglesias Evangélicas acerca del magno asunto de la paz mundial.

Nuestro Dios es «Dios de paz», pone la paz primeramente en el corazón y en la vida de aquellos que verdaderamente le conocen y le entienden; quiere que esta paz se manifieste bellamente en el hogar cristiano; que inspire las relaciones de quienes han de amarse y ayudarse por razones de vecindad y de conciudadanía; que ofrezca el terreno en que han de estudiarse y resolverse, en justicia y consideración fraternal, los problemas de las diferentes clases sociales; que, en fin, suavice los sentimientos de unos pueblos para otros y permita que cada uno busque, no sólo su bien, sino el de todas las razas y naciones de la Tierra. ¿Quién puede poner límites y valladares a la acción de ese sentimiento de paz que Dios ha querido infundir en los hombres que son de su complacencia?

Pedir la paz del mundo es pedir que los hombres se conviertan a Dios, y que, por ello, penetren en los propósitos divinos; que no vacilen en cooperar a ellos, que la sal sazone y la luz ilumine; que cada hombre favorecido, espiritual y temporalmente, vea que tiene una responsabilidad en cuanto a sus hermanos atrasados o necesitados; que los hijos de Dios quieran parecerse a su Padre Celestial, perdonando y sufriendo, más bien que exigiendo y castigando. Una sola semana de Cristianismo práctico en el mundo por parte de todos los que se nombran con el nombre de Cristo, podría cambiar la faz de la Tierra.

Pedir la paz del mundo es examinar nuestras conciencias, rectificar en mucho nuestras vidas y aumentar el número de los súbditos del Príncipe de Paz, Nuestro Señor Jesucristo.

La paz está peleando ahora su buena batalla en el mundo. Las actualidades internacionales nos lo indican. Ayudémosla con nuestras oraciones y nuestros esfuerzos prácticos.

Cultos de Navidad.

Se celebrarán el día 25, a las once de la mañana, en las Iglesias de Calatrava, Noviciado y Beneficencia.

Fiestas infantiles.

Sábado 21. — Cinco de la tarde, en el Colegio del Porvenir, Bravo Murillo, 63.
Domingo 22. — Cinco de la tarde, en

la escuela de Calatrava, 27, y siete de la tarde, en la Iglesia del Noviciado, 3.

Lunes 23. — Cinco de la tarde, en las escuelas de Calatrava, 27 y Áncora, 13.



El Rdo. Agustín Arenales.

Conferencias en Figueras y Vilabertrán.

Invitado por el director de la Misión de Figueras, Rdo. Luis López Rodríguez, ha acudido al Alto Ampurdán nuestro querido amigo, el pastor Arenales, para poner su elocuencia de orador y su vigor mental de polemista al servicio de la causa evangélica.

Como saben todos nuestros lectores, el Sr. Arenales es pastor de la iglesia de San Pablo, de Barcelona, para la cual desea llegar a construir un templo adecuado en el solar de la calle de Aragón, ya adquirido, tras titánicos esfuerzos, con este propósito. Sus campañas por España y por América hacen de él una figura estimadísima del mundo evangélico de habla española. Sus entusiasmos y sus ideales de conquista espiritual de nuestro pueblo le colocan, aunque ya peine canas, en la vanguardia evangélica.

Dos conferencias pronunció nuestro amigo en el amplio templo de la iglesia evangélica de Figueras, y una más en Vilabertrán, donde la iglesia está establecida en la sala de una antigua abadía, de elegantes ventanas góticas, declarada joya artística nacional. En estas tres ocasiones un público numerosísimo, en que no faltaron elementos intelectuales, se reunió para escuchar la palabra ferviente y sabia de nuestro amigo.

La primera conferencia en Figueras tuvo el siguiente tema: «Por qué siendo cura católico me hice protestante». Conocido es el vigor y encanto que el Sr. Arenales pone en el relato de su conversión. Como San Pablo, no se cansa de referirse con gratitud a Dios a aquella evolución operada en su espíritu por la gracia divina, por el humano ministerio de los fieles y sencillos creyentes evangélicos de Villedu (Zamora). Y como nada convence tanto como lo que es vivido, no nos extraña que, una vez más, el relato de su transformación de perseguidor de evangélicos en un evangélico entusiasta y abnegado, haya conmovido hasta lo más profundo el espíritu de sus numerosos oyentes de Figueras.

El orador abordó, además, con su tacto habitual, no exento de energía, los temas candentes de la controversia entre católicos y protestantes, impresionando muy favorablemente a su auditorio. Labor es ésta que debería producir abundantes e inmediatos frutos, si la intolerancia que España padece no acobardara a muchos espíritus.

La segunda conferencia, de carácter apologético, tuvo por tema: «Jesucristo, Luz del mundo». He aquí el resumen que da *El Herald*, de Figueras, de este discurso:

«Cristo viene a iluminar con su celestial doctrina y con una vida toda de santidad divina las conciencias ennegrecidas por el pecado y por el error. Las enseñanzas proyectan luz, primero sobre la religión, que se tornaba nobilísima con conceptos hasta entonces desconocidos. La religión de Cristo no es de ceremonias ni de exterioridades, sino de afectos puros del corazón; en espíritu, que no necesita imágenes, ni sacerdotes, ni sacrificios, sino que pide el corazón contrito y humillado ante Dios, que le perdona y le salva; en verdad, que no consiente hipocresía ni convencionalismos, sino sinceridad y espontaneidad. Religión consciente que pide fijarse en Cristo Jesús y en los que le siguen de cerca. Las guerras, la paz social, las frecuentes divergencias entre patronos y obreros, únicamente se solucionan abrazando y practicando las doctrinas sublimes del Evangelio.»

En la tercera conferencia, la de Vilabertrán, el Sr. Arenales se fijó especialmente en la *confesión auricular* y la *misa*, contrastándolas con el verdadero arrepentimiento y el perdón divino y con la fe agradecida en el único sacrificio meritorio: el hecho por nuestro Salvador en la Cruz.

Dedicó unos vibrantes párrafos a tres ideales: los de *justicia*, *libertad* y *paz*, que sólo hallarán realización plena bajo las inspiraciones del Evangelio. Ensalzó el respeto a la conciencia individual, que es característica de los países evangélicos, y abogó porque igual respeto se instaura en las leyes y costumbres de nuestra nación.

Los vecinos de Vilabertrán, que asistieron casi en masa, no olvidarán por mucho tiempo las grandes lecciones enseñadas por el ilustre conferenciante.

Nuestra enhorabuena a los organizadores de esta campaña y al elocuente orador que la llevó a cabo.



Del Domingo de la Prensa

Cantidades recibidas para ayudar a la publicación de este semanario.

	Pesetas.
Suma anterior	453,—
Jorge Turanzos, Llanes	5,—
Enrique Calvillo, El Bosque	5,—
Ramón Campo, Laguarres	2,—
Juan Pons, Sabadell	17,—
Iglesia de Cristo, Sabadell	13,—
E. C. de Jóvenes, Sabadell	5,—
E. C. Infantil, Sabadell	2,50
Escuela Dominical, Sabadell	2,50
Juan J. Avellaneda, Francia	12,25
SUMA	517,25

Esfuerzo Cristiano.

Las necesidades de la juventud.

Dom., 29 de Diciembre. Mat., 4, 1-11;
Heb., 4, 14-16.

Lecturas diarias.

Lunes . . . Necesidad de perdón . . . 1.º Juan, 1, 9.
Martes . . . Dirección . . . Heb., 12, 1 y 2.
Miércoles . . . Firmeza en sus propósitos . . . Luc., 9, 57-62.
Jueves . . . Propósitos dignos . . . Mat., 4, 18-20.
Viernes . . . Educación moral . . . Mat., 7, 24-29.
Sábado . . . Gobierno de sí mismo . . . Mat., 5, 38-48.

Sugestiones.

La juventud necesita dirección, esto es natural. Todos los jóvenes tienen menos experiencia que los ya no jóvenes, y ¿por qué repetir los errores de otros? Hay que escuchar y aprender. La juventud necesita paciencia, pues suele ser impetuosa y odia la dilación; pero Jesús esperó hasta tener treinta años, antes de principiar su obra. La juventud necesita amor y aprecio, y no siempre goza de esto; pero es fuerte quien siente que Jesús comprende y aprecia. La juventud necesita trabajar para otros. La ociosidad es una maldición.

Necesitamos seguir a Cristo en su amor por la Humanidad y su esfuerzo para ayudar a levantarse.

Ilustraciones.

Dejad solo un rosal y dará rosas, pero cada vez las dará más pequeñas. La poda es necesaria, si queremos que mejore. La juventud necesita disciplina.

Los cruzados de antaño interpretaron mal una gran idea. Las Cruzadas fueron una gran cosa; pero conquistaron con la espada, en vez de hacerlo con el amor. La Cruzada de Cristo es un servicio de amor.

Cristo escogió doce jóvenes para que estuvieran con Él, para aprender, no sólo su mensaje, sino para comprender y vivir su vida. La juventud necesita enseñanza. Podemos hacer muy poco por Cristo, a menos que aprendamos de Él.

Temas para pensar.

¿Cuál es la necesidad más grande para nosotros? ¿Dónde podemos encontrar ayuda para hacer frente a nuestras necesidades? ¿La encontraremos en las Sagradas Escrituras?

Sociedades infantiles.

Una mirada al pasado.

Dom., 29 de Diciembre. Heb., 11, 1-40.

Siendo esta la última reunión del año, resulta de gran provecho hacer un resumen de las enseñanzas aprendidas de los personajes bíblicos que hemos estudiado durante 1929. Los instructores y superintendentes pueden señalar los puntos más sobresalientes, y los niños mismos pueden decir también algo respecto al personaje que más influencia ha ejercido en su mente y en su espíritu. ¡Que todos los pequeños esforzadores hayan aprendido algo de las vidas de los personajes estudiados, y ellos serán buenos cristianos en el porvenir!

NOTAS BREVES

El día 14 del corriente mes solemnizaron en la Iglesia Alemana, de esta corte, su matrimonio nuestros amigos D. Guillermo Philippi y la señorita María Villén Camacho. Nuestra cordial enhorabuena.

— En Linares han contraído matrimonio nuestros estimados hermanos D. Inocencio Navarro y la señorita Carmen Soto. Muchas felicidades les deseamos.

— Nuestro querido amigo, el pastor de Málaga, Rdo. José Pimentel, ha bautizado el día 1.º del actual, a su segunda nietecita, que recibió el nombre de María Luisa. A padres, abuelos y padrinos nuestro cordial parabién.

— Ha entrado en el descanso del Señor D.ª Martina Sanz, viuda del colportor D. José Medinilla, madre de nuestro amigo D. Jonatán Medinilla, profesor evangélico de Marín. Esta hermana dió un interesante testimonio, que se ha publicado en nuestras columnas, en respuesta a la petición del canónigo García Hughes. Reciba la familia afligida nuestra condolencia.

— A causa de la epidemia de sarampión que ha sufrido Marín, nuestros queridos hermanos D. Abel Simes y D.ª Teresa Caero han tenido la tristeza de ver morir en dos días a sus dos hijos menores. Que el Señor les consuele en su pena.

— Hemos recibido la visita de *Mundo Ideal*, mensual de Santiago de Chile que propugna el «advenimiento de un orden social y religioso, basado en la religión de Jesús». Está inspirado en un amplio criterio y esmeradamente redactado. Con gusto hemos establecido el canje.



Escuela Dominical

Comunión fraternal mediante el culto.

29 de Diciembre. Salmo 122; Heb., 10, 22-28.

TEXTO ÁUREO: *Entró, conforme a su costumbre, el día del sábado en la sinagoga.* — Luc., 4, 16.

Esta es la última lección de la serie sobre algunas enseñanzas sociales de la Biblia, y la más importante de todas. Porque de todas las cosas que los hombres hacen juntos la más importante es dar culto a Dios. La religión debe ser una realidad íntima, personal, del corazón; pero es también una realidad social. Precisamente los que son más fieles y fervientes en el culto individual que rinden a Dios, son también los que más aprecian el privilegio de reunirse con sus hermanos para adorar a Dios en congregación. La unión perfecta de los redimidos en el cielo se realizará mediante una común adoración.

La Palabra de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, da una importancia muy grande al culto público. Tenemos en nuestra lección un salmo en que un creyente del Antiguo Testamento expresa el gozo que encontraba en el culto de Dios. La invitación de sus hermanos a ir a la casa de Jehová le llenaba de alegría. La perspectiva de verse una vez más dentro de las puertas de Jerusalem era muy hermosa. Jerusalem podía muy bien simbolizar la unión de todos los creyentes. Era una ciudad compacta, «bien unida entre sí». Era el centro de la vida nacional y religiosa del pueblo israelita. Cuando subían allá las tribus de Jehová, cada israelita se consideraba como un ciudadano de aquella ciudad santa. Estaba en terreno más elevado que

el resto de Palestina, de modo que los peregrinos que acudían a sus festividades «subían» a Jerusalem. Pero en un sentido espiritual también aquellas visitas a la casa de Dios eran una ascensión. El alma se elevaba por encima de los intereses materiales de la vida, y sentía el atractivo de las realidades eternas.

El nombre de Jerusalem significa ciudad de la paz. Hay un juego de palabras en el versículo 6: «Pedid la paz de la ciudad de la paz». «Sean prosperados los que te aman». De un modo natural la piedad conduce a la prosperidad; fomenta en el carácter aquellas disposiciones de confianza, de paciencia, de seriedad, que dan estabilidad y firmeza a los hombres.

En el pasaje de la Epístola a los Hebreos encontramos los mismos sentimientos de un adorador israelita, pero elevados y espiritualizados aún más por la fe en Jesucristo, el Mediador del Nuevo Pacto, el Sumo Pontífice eterno, de cuya obra no eran más que sombras y figuras las gloriosas instituciones del culto mosaico. Toda la Epístola es una demostración de la superioridad inmensa de la nueva dispensación sobre la antigua. La antigua tenía un culto majestuoso. El autor de la Epístola nos demuestra que el culto cristiano es mucho más grande. «Lleguémonos», dice el autor de la Epístola. Es una idea saliente en esta carta. Los creyentes del Nuevo Testamento nos acercamos a Dios por un Camino nuevo y vivo, abierto por Nuestro Señor Jesucristo. Él mismo es el Camino. La purificación que necesitamos para allegarnos a Dios, la hallamos en la sangre de Jesucristo, que purifica los corazones de mala conciencia.

Evidentemente, el autor de la Epístola veía a sus lectores en peligro de desmayar. La comunión cristiana les servirá de auxilio para no caer. El ejemplo de los hermanos los «provocará» (un uso bueno de una palabra que, generalmente, tiene un sentido malo) al amor y a las buenas obras. ¡Cuántas almas vacilantes han sido sostenidas por el ejemplo de otras almas más fuertes a su lado! No abandonemos nuestra congregación. Los carbones de un hornillo se apagarían muy pronto si cada uno de ellos se separara de los demás; juntos mantienen el fuego vivo y brillante.

Sombra y Substancia.

¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?

Por Sir Arthur Blackwood.

Un estudio de la Pascua de los israelitas como imagen de la salvación obrada por Cristo.

Un librito de 87 páginas, en buen papel. Cubierta de cartón: 1,25 pesetas. En tela: 2 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.